

CAPÍTULO III

Los independientes en la isla de Mexcala (1812-1816). — Descripción del lago de Chapala. — La isla de Mexcala. — Desmanes cometidos en aquella comarca por los jefes realistas. — Alzanse en armas los indios de los pueblos del lago (octubre de 1812). — El guerrillero Encarnación Rosas. — Derrota sufrida por el comandante realista Iñiguez. — Desastre del comandante Serrato en Ixican (1.º de noviembre de 1812). — Nuevas derrotas de los realistas en Poncitlán (3 y 25 de noviembre). — Los independientes se fortifican en la isla de Mexcala (diciembre). — Dirígelos el presbítero don Marcos Castellanos. — Don José de la Cruz envía contra ellos al teniente coronel don Angel Linares. — Derrota y muerte de este jefe (26 de febrero de 1813). — Parte de Cruz á Venegas relativo á este suceso. — Es derrotado el teniente coronel realista don Antonio Alvarez (28 de marzo). — Ataques repetidos y felices que dirige el jefe independiente don José Santa Ana. — Nueva expedición enviada por Cruz al mando de don Pedro Celestino Negrete. — Ataca éste la isla y es rechazado y herido (29 de junio). — Le reemplaza en el mando el coronel don José Navarro. — Principia el bloqueo establecido por los realistas. — Continuos ataques de los jefes independientes Santa Ana y Rosas en el resto de 1813. — Reconocimiento hecho por orden de Cruz (marzo de 1814). — Manifiestan Navarro y Murga al mariscal Cruz la imposibilidad de atacar la isla *Chica*. — Combate sangriento en las playas de Tuxcueca (16 de abril). — Aumento considerable de las tropas que mantienen el bloqueo. — Notables ataques dirigidos por el jefe independiente Santa Ana (25 y 26 de mayo). — Continúa la resistencia de la isla en 1815. — Aumento de la escuadrilla bloqueadora. — Se apoderan los independientes de la falúa *Fernando en su trono* (19 de enero de 1815). — Tentativa infructuosa de la escuadrilla para rescatarla (22 de enero). — Junta de guerra celebrada por el comandante y oficiales de la escuadrilla. — Prescinden de intentar la recuperación de la *Fernando en su trono*. — Otras correrías de Santa Ana y de Rosas. — El primero ataca á Ocotlán repetidas veces. — Combates frecuentes en las aguas del lago. — Reconocimientos hechos por la escuadrilla. — Juntas de guerra de los oficiales de marina. — Auméntase á ocho mil hombres el número de los sitiadores, en los primeros meses de 1816. — Ataque y victoria de Santa Ana en las cercanías de Tlachichilco (23 de marzo de 1816). — Derrotan los independientes al teniente coronel Delgado (5 de agosto). — Triunfo de Santa Ana en el Divisadero y muerte del comandante realista Vallano (17 de agosto). — Fuerte descalabro que sufren los independientes al día siguiente en Corral de Piedra. — Ordena Cruz que sean devastadas las orillas del lago. — Tala asoladora que hacen en la costa del Sur Bocalán y Correa (agosto y setiembre). — Feste que se desarrolla en la isla de Mexcala. — Angustiosa situación de los isleños. — Trasládase Cruz al campamento de Tlachichilco (8 de octubre de 1816). — Ofrece repetidas veces el indulto á los independientes y éstos lo rechazan. — Ordena Apodaca á Cruz que se traslade á la capital del vireinato. — Contesta el segundo que obedecerá después de hacer los últimos esfuerzos para apoderarse de Mexcala (5 de noviembre). — Reitera Cruz sus proposiciones de indulto. — Trasládase Santa Ana al campamento realista. — Vuelve á la isla y pasa nuevamente á Tlachichilco acompañado del cura Castellanos. — Capitulación ajustada entre éste y el general Cruz. — Toman posesión de la isla los realistas (25 de noviembre de 1816). — Comunica Cruz este suceso al virey. — Primera capitulación que se concede á los independientes en el curso de la guerra. — Heroísmo y constancia de los defensores de la isla de Mexcala. — Suerte final de sus jefes más notables.

Debemos condensar en el presente capítulo las principales noticias de la denodada resistencia que por espacio de cuatro años opusieron los independientes en la isla de Mexcala. Resistencia porfiada, grande valor, constante astucia y más grandes aún los sacrificios que allí desplegaron los defensores de la libertad mexicana, títulos son bastantes á fijar especialmente la atención cuando recorremos, aunque sea con rapidez, los grandes hechos de la guerra de los independientes.

Entre todos los lagos de México descuella el de Chapala por su mayor extensión, y se halla situado entre Jalisco y Michoacán, comprendiéndose dentro de los límites de la primera de esas divisiones políticas más de las tres cuartas partes de aquella vasta superficie líquida que mide cien leguas cuadradas. La mayor largura del lago, en la dirección de oriente á poniente, es de cerca de veinticinco leguas, y su anchura máxima, en el sentido de norte á sur, alcanza á siete, midiéndose seis y media brazas en su mayor profundidad. Mezcla

sus revueltas aguas con las de Chapala el río de Lerma formando al entrar el pequeño delta de Maltaraña, y sale con el nombre de Santiago, á cinco leguas hacia el noroeste, contadas desde el centro del delta, para continuar su curso á través del territorio de Jalisco y descargar sus aguas en el Grande Océano, no lejos del puerto de San Blas.

Álzase en el centro del lago, aunque aproximada á la orilla septentrional, de la que dista una legua escasa, la isla volcánica de Mexcala, que mide dos mil varas de largo por novecientas de ancho. Cuatro leguas al occidente de esta isla se halla la de Chapala, que es más pequeña aún, y en distintas direcciones surgen de las aguas algunas agrupaciones de peñascos. En todo el perímetro formado por las orillas del lago se levantan pueblecillos de indios que se dedican á la pesca. Esa pequeña isla de Mexcala y las costas de la laguna fueron el teatro de la lucha empeñada desde 1812.

Más de una vez hemos dicho que la campaña sosteni-

da en Nueva Galicia por Cruz y sus inmediatos subordinados Negrete, Porlier, (durante algunos meses), Pastor, del Río y Linares fué fecunda en sangre y horrores de todo género ¹, y precisamente en las zonas que confinan con la de Chapala dejaron siempre señales de su extremada crueldad Negrete y del Río. A ejemplo de estos jefes, otros de menos nombradía, pero no más humanos, cometieron horribles atentados con los infelices habitantes de aquella comarca, al grado que don Salvador Torres, teniente de la subdelegación de Tocatepec, se dirigía á Cruz con fecha 12 de setiembre de 1812 ² quejándose de los excesos que cometían en ese pueblo don Antonio y don Mariano Baeza, capitán y teniente, respectivamente, *de patriotas realistas*. Lejos de reprimir tantos desmanes, el gobernador Cruz atizaba el levantamiento de aquellas poblaciones con el envío de nuevos comandantes que sin miramientos ni respeto á ningún derecho ejercían espantoso despotismo.

Colmado el sufrimiento, sólo faltaba un hombre que diese la primera señal á todas aquellas voluntades, dispuestas á luchar por la independencia y á resistir á tantos opresores que sucesivamente se aparecían en los pueblos del lago sembrando el terror y la desolación, y este jefe no tardó en presentarse. Había quedado en aquellas cercanías el guerrillero Encarnación Rosas, que tanto contribuyó á la derrota de Recacho en la Barca hacia los primeros días de noviembre de 1810 ³, y en el mes de octubre de 1812 apareció con setenta hombres en uno de los pueblos asentados en las márgenes del lago. Alzáronse á su voz los habitantes de los alrededores; armáronse de lanzas, palos y piedras, y se aprestaron á rechazar á los comandantes realistas que se asomaban con frecuencia en aquellos contornos, dejando huellas sangrientas á su paso. «Era Encarnación Rosas, dice un distinguido escritor ⁴, indígena, natural de Tlachichilco é hijo del pescador Pedro Rosas; hallábase entonces en la flor de su juventud y reunía á una constitución atlética un valor digno de la causa que defendía.»

Acudió el capitán don José María Iníiguez con una tropa de realistas á reprimir aquel movimiento, pero en las cercanías de Mexcala, pueblo situado en la orilla del lago frente á la isla de ese nombre, fué desbaratado, perdiendo sesenta hombres de su fuerza que quedaron en el campo y gran número de fusiles y municiones de guerra. «En esa acción, dice el autor que antes hemos citado, en que Rosas alcanzó tan completa victoria, sólo él estaba armado de fusil, pues todos sus subordinados tenían hondas, palos, y uno que otro, sable.»

Esta rota estrepitosa y sangrienta obligó al comandante de la Barca, don José Antonio Serrato, á moverse al frente de doscientos hombres contra los insurgentes acaudillados por Rosas, quienes, en número casi igual, se hallaban en el pueblo de San Pedro Ixican. El 1.º de noviembre (1812) se avistaron ambas fuerzas y comenzó un combate porfiado, que terminó con la retirada de Rosas y su gente. Dueños los realistas del pueblo, diéronse á quemar las casas, lo que, observado por los que se retiraban y engrosadas sus filas con un refuerzo que acaudillaba el indígena José Santa Ana, revolviéron furiosos sobre Serrato y le acometieron de nuevo, con tal ímpetu, que le obligaron á huir á Poncitlán, dejando multitud de muertos y trescientos fusiles. También en este encuentro pelearon los independientes casi sin armas, pues eran tan incultos los indios que se habían alzado á la voz de Rosas y Santa Ana, que no sabían manejar las que algunos días antes conquistaran los del primero en el desastre que sufrió Iníiguez en el pueblo de Mexcala ¹.

En Poncitlán, donde Serrato buscó refugio después del fuerte descalabro que recibiera en Ixican, se hallaba el comandante del punto don Rafael Hernández con tropas de varios lugares comarcanos, quien se aprestó á defenderse, creyendo con fundamento que no tardarían en presentarse los independientes. Así sucedió, pues con justicia envalentonados, aparecieron en las primeras horas del 3 de noviembre á la vista de Poncitlán. Una gruesa avanzada de los realistas que intentó detenerles á un cuarto de legua de la población, fué arrollada después de algunas horas de combate, y el resto de la guarnición, tras una lucha que duró todo el día, se desbandó, precipitándose casi todos los fugitivos en el río de Santiago, donde encontraron la muerte. Fué considerable el número de armas y prisioneros que cayeron en esta acción en manos de los independientes, quienes después de su victoria se retiraron á los cerros inmediatos. Entretanto, Poncitlán era ocupado nuevamente por los realistas al mando del cura Alvarez, sanguinoso partidario de la dominación española, á quien hemos visto hacer cruda guerra en el territorio de Colotlán ²; pero no pasó mucho tiempo sin que Rosas y Santa Ana lo hostilizaran rudamente, y el 25 de noviembre (veintidós días después de la derrota de Hernández) le obligaron á efectuar una salida, en la que fué destrozado por completo, perdiendo cien fusiles, dos cañones, casi todas las municiones, y huyendo el mismo cura herido en el cuello.

Esta serie de triunfos que alcanzaron hombres des-

¹ Capítulos XIV y XV, lib. I, y cap. III, lib. II.

² Véase este documento en la *Colección* de J. E. Hernández Dávalos, tomo IV, pág. 415.

³ Capítulo X, lib. I, pág. 164.

⁴ Don Luis Pérez Verdía, laborioso y erudito escritor jalisciense que ha enriquecido la historia nacional con excelentes producciones. (Véase artículo publicado en el núm. 11 de la *Alianza Literaria*. Guadalajara, junio 14 de 1876).

¹ «Esto lo dice Santa Ana en un informe dado al ilustre don Prisciliano Sánchez y que con otros documentos desconocidos me ha facilitado el estimable señor don Ignacio Aguirre, de los cuales y de informes de respetable persona he tomado lo que en este artículo refiero» (Don Luis Pérez Verdía, en el artículo citado en la nota anterior).

² Capítulo XIV, lib. I, pág. 242.

armados y que arrebataron á las partidas realistas tan importantes elementos de guerra, les permitió retirarse á la isla de Mexcala y construir en ella algunas fortificaciones. Allí se reunieron cerca de mil hombres, oriundos, en su mayor parte, de los pueblos riberaños de Mexcala, Tlachichilco y San Pedro Ixican; aprestaron veinte canoas para el servicio militar y alzaron por jefe superior de las armas á don Luis Macías, dueño de la hacienda de la Palma. Pero el alma de aquella obstinada resistencia fué el presbítero don Marcos Castellanos, antiguo cura de Ocotlán, que había proclamado la insurrección en su curato desde noviembre de 1810¹. Hombre resuelto y sereno, dotado de talentos militares y abrigando en su corazón el culto sagrado por la independencia, Castellanos era el caudillo que debía dirigir á ese grupo de ardientes y obstinados patriotas. Él mandó construir las obras de defensa consistentes en una sucesión de trincheras que circundaban la pequeña isla, y cuidó de reforzarlas con profundas cortaduras; acopió canoas y víveres, y se esforzó por ejercitar á la guarnición en el manejo de las armas.

Por su parte, el gobernador de Nueva Galicia, don José de la Cruz, se aprestó á exterminar ese grupo de osados y bravos insurgentes que en pocos meses y con tan escasos elementos habían humillado á las armas realistas en cuatro acciones sucesivas. Dispuso, en consecuencia, que el teniente coronel don Angel Linares marchase hacia el lago á fines de diciembre (1812), y le previno que se situase en la margen que da frente á la isla por el lado del sur, aplazando el ataque para cuando estuviesen listos una lancha y varios botes que mandó construir en el puerto de San Blas.

Linares marchó á su destino y fijó su campamento sobre las ruinas humeantes del pueblo de Tizapán, que mandó quemar porque en él acababan de proveerse de víveres los defensores de Mexcala. Durante enero y casi todo febrero de 1813 el teniente coronel realista, cumpliendo las órdenes que se le habían dado, permaneció en observación; pero el 26 de ese último mes y partiendo del pueblo de Mexcala, adonde se había trasladado por disposición de Cruz, intentó reconocer la isla, y al efecto se embarcó en siete canoas con muchos de sus soldados. Desastroso fué ese movimiento para los realistas, pues que los defensores de Mexcala los asaltaron, y haciendo zozobrar á las embarcaciones mataron á casi

¹ Poco después de consumada la independencia, en 1824, el cura Castellanos dirigió á don Carlos María de Bustamante una ligera relación de los sucesos ocurridos en la isla de Mexcala durante los cuatro años que permaneció ocupada por los independentes. El mismo Castellanos dice á Bustamante, en disculpa de la deficiencia de su relación, que aunque él cuidó de llevar un registro de todos los hechos de armas, al capitular la isla quemó todos sus papeles, temiendo que el gobierno vireinal, sirviéndose de ellos, perjudicase en alguna manera á los que habían auxiliado á la isla en su prolongada resistencia. Esa relación y el artículo del señor Pérez Verdía, citado en la nota anterior, nos han servido en gran manera para escribir este capítulo. El relato del cura Castellanos se halla comprendido en el *Cuadro histórico* de Bustamante, tomo III, páginas 89 y siguientes.

todos los tripulantes, y sólo pudieron escapar con vida algunos soldados y el oficial italiano Galli, que llevó ese mismo día á Guadalajara la noticia del desastre. Cruz la comunicó á su vez al virey Venegas en el siguiente oficio:

«Excelentísimo Señor: Con el mayor dolor participo á V. E. que á las dos de la mañana del día de hoy he recibido la fatal noticia de que ha perecido en la laguna de Chapala el bizarro teniente coronel don Angel Linares con el capitán de dragones de Nueva Galicia don Joaquín Moreno, el teniente del propio cuerpo don Antonio Beltrán, el subteniente de Puebla graduado don José Maya, don Pablo Bustamante, sobrino de Linares, que servía en clase de voluntario distinguido á sus expensas, y veintitrés soldados de infantería; esta desgracia ha sido tanto más sensible cuanto que ha sucedido sin necesidad, y contraviniendo á mis órdenes.

»Se hallaban preparadas en Ocotlán siete canoas compuestas del mejor modo posible para hacer el ataque á la isla de Mexcala, luego que llegasen la lancha y botes que tengo mandados hacer en San Blas. Linares me pidió permiso, hace más de un mes, para llevar á las orillas del pueblo de Mexcala las citadas canoas, lo que le negué, haciéndole ver no era cosa de exponerlas ni alarmar tampoco á los indios del islote hasta que llegase la ocasión oportuna para su ataque. Las circunstancias de repetidas incursiones de esta *canalla* me obligaron á situar á Linares en el mismo pueblo de Mexcala para impedir las, y careciendo la tropa de auxilios en este arruinado pueblo, me pidió de nuevo permiso para llevar las canoas, ofreciendo no darme ningún motivo de disgusto, y fundando su nueva petición en que las deseaba para pescar.

»Accedí á ello, y ayer, después de las doce del día, por un efecto de paseo ó con el celoso fin de hacer un reconocimiento, se embarcó en las siete canoas, se acercó demasiado á la isla, se empeñó en un combate temerario, se halló rodeado de más de setenta canoas, y aunque me dice el oficial que vino á darme parte que hizo una bizarrísima y gloriosísima resistencia, fué al fin víctima de su imprudente y no necesario arrojo.

»No puedo lisonjearme de que ninguno de los infelices oficiales y tropa estén prisioneros, pues conozco la ferocidad de aquellos indios, además que casi me aseguran los vieron asesinar. Se salvaron sólo tres canoas, y el oficial de una de ellas fué el mismo que ha venido á dar parte. Esto es lo que sé hasta la hora presente, y dejo á la consideración de V. E. las consecuencias que pueden resaltar y que recelo, y la dificultad de reemplazar al desgraciado Linares.

»Habiendo visto ya V. E. el parte de anoche que antecede, se hará cargo del aumento de faltas en que me he de ver con este nuevo incidente. Yo carezco de todo: mis bajas de la fuerza efectiva son ya muchas, y si V. E. no vuelve la vista sobre este reino podrá haber males que después no sea posible evitar y que pasarán de la Nueva Galicia.

»Dios guarde á V. E. muchos años. Guadalajara, 27 de Febrero de 1813.—A las dos de la tarde.—*Josef de la Cruz*.—Excelentísimo Señor Virey Don Francisco Javier Venegas¹.»

¹ Véase este oficio en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo IV, pág. 864, y en el *Cuadro histórico* de Bustamante, tomo III, págs. 91 y 92.

En el parte que antecede Cruz dice al virey que don Angel Linares pereció en el combate, y el cura Castellanos, en la relación que algunos años después dirigió al historiador Bustamante, se reduce en este punto á copiar el mismo oficio de Cruz; pero algún escritor que en estos últimos tiempos ha tenido á la vista documentos inéditos relativos á la defensa de la isla de Mexcala ¹, afirma que Linares fué conducido después del combate á las ruinas de Tizapán, y allí lo ahorcaron los independientes, arrojando luego su cadáver á la laguna; que Bustamante (don Pablo) y catorce soldados fueron pasados por las armas, y que sólo se concedió la vida á dos de los realistas prisioneros.

Para reparar tamaño descalabro dispuso Cruz que el coronel don Pedro Celestino Negrete marchase con una fuerte división á las orillas de Chapala, pero entretanto que aquélla se organizaba, ordenó al teniente coronel don Antonio Alvarez que guarneciese con un destacamento respetable el pueblo de San Pedro Ixican. Hizolo así este jefe realista, pero fué desbaratado á poco (28 de marzo de 1813), y las armas que perdió en el encuentro aumentaron los elementos de defensa de los bravos insurgentes.

Tan continuadas ventajas levantaron muy alto el ánimo de los indios, "y como ya la gente de la isla, dice en su relación el cura don Marcos Castellanos ², se había impuesto tanto á la guerra, no estaba á gusto cuando no se le presentaba ocasión de batirse; de aquí es que daba sus salidas por distintos puntos, donde consideraba que podía tener reencuentros con las tropas realistas, y si por casualidad no las hallaba, se dirigía al campo enemigo. En una de ellas salió del mismo campo una partida considerable de tropa, y en la cima de un cerro se batieron todo un día hasta que se retiraron los realistas... Otra vez salió Santa Ana para Atequiza, donde había tropa de línea, y luego que llegó á la hacienda comenzó á atacar; duró la acción largas horas, los realistas se encerraron al fin en la casa de la hacienda, que estaba fortificada, y los nuestros volvieron á la isla con muchos fusiles, pistolas y dos cajones de parque."

Innumerables fueron los felices ataques emprendidos por el bravo Santa Ana durante los meses de marzo y abril de 1813, al grado de desbaratar todos los destacamentos realistas que se atrevían á detenerse algún tiempo en cualesquiera de los pueblos que se levantan á orillas del lago. Entretanto, las fortificaciones de la isla mejoraban cada día, defendidas por diez y siete cañones, de los que una parte representaba glorioso botín de guerra y la otra el envío que había hecho el comandante don José María Vargas, que sostenía la campaña por la independencia en el rumbo de Zacoalco y San Gabriel,

para traicionar años después la noble causa que á la sazón servía con tanto ardimiento ¹. Ese mismo jefe auxiliaba á los de Mexcala con frecuentes remesas de víveres y municiones, y los indios aumentaban su provisión de pertrechos con los productos de una fábrica de pólvora y balas fundada y dirigida por el infatigable cura Castellanos. La muerte del primer jefe militar de la isla don Luis Macías, que ocurrió en aquella época, colocó en primer término á Castellanos, ya que ese lugar le correspondió desde el principio de la resistencia por su actividad incansable, su valor y sus preclaras dotes de caudillo.

Apresuraba Cruz los preparativos para formar una escuadrilla, y enviaba orden tras orden á San Blas á fin de que mandasen de ese puerto á Guadalajara las lanchas que debían formarla. Apenas llegaron las primeras á la capital de la Nueva Galicia, conducidas en pesadas carretas, remitiólas en los mismos vehículos á la laguna, juntamente con los cañones de á veinticuatro que habían de artillarlas. En la hacienda de Cedros mandó establecer un arsenal bajo la dirección de don José Añorga, y dió el mando de las primeras lanchas al distinguido marino español don Felipe García.

Ya en el mes de junio de aquel año (1813), pudo el coronel Negrete acampar con mil doscientos hombres de buenas tropas en el pueblo de Tlachichilco. La escuadrilla, considerablemente aumentada y provista de cañones, sólo esperaba la señal para rodear completamente la isla de Mexcala y descargar sobre ella los fuegos de su artillería. Dióla, en efecto, Negrete, y el 29 de ese mismo mes se movió la expedición, llegando, dos horas después de su salida de Tlachichilco, á tiro de cañón de las posiciones contrarias. Trabóse un reñidísimo combate; los indios de Mexcala, sin amedrentarse con el nutrido fuego de la escuadrilla, respondieron con un vigoroso cañoño, y cuando las lanchas se aproximaron á las escarpadas costas de la isla, descendieron sobre ellas una lluvia de piedras que causó inmensos daños á los asaltantes. Sucumbieron el mismo comandante García y muchos de los marineros y soldados; Negrete perdió dos dedos de la mano izquierda; otros quedaron prisioneros, y al retirarse la escuadrilla fué activamente perseguida por los independientes, quienes apresaron dos grandes canoas unidas entre sí por una cadena, un cañón, dos cajones de parque y algunas armas. Cruz cuidó de que no supiese el gobierno vireinal la noticia de este fuerte descalabro, y deseoso de repararlo prontamente envió numerosos refuerzos á Negrete, pero disgustado éste por el fracaso de su expedición, pidió y obtuvo que se le relevase de aquel mando, siendo nombrado en su lugar el coronel don José Navarro, y para cubrir la falta de don Felipe García, el teniente de fragata don Manuel de Murga.

Aleccionados los realistas por tan duros reveses,

¹ Véase capítulo anterior.

¹ El señor abogado don Luis Pérez Verdia en el artículo antes citado.

² BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo III, pág. 93.

resolvieron no intentar ya ningún ataque á viva fuerza, y adoptaron el establecimiento de un riguroso bloqueo, conservando como campamento principal el pueblo de Tlachichilco. Esta decisión fué tomada por Cruz después de un detenido examen y de la deliberación de una junta de oficiales por él convocada en la hacienda de la Calera. Pero antes de comenzar el asedio mandó un comisionado á los defensores de la isla, quien los invitó en su nombre á someterse, amenazándoles, en caso contrario, con la muerte. Y los independientes respondieron al enviado de Cruz que preferían la muerte misma á soltar las armas de la mano ¹.

Ocupados los realistas en situar destacamentos en todos los pueblos del lago que pudieran proveer de víveres á los de la isla, no emprendieron ya ningún ataque, pero sí tuvieron que resistir los que con frecuencia les dirigían Santa Ana ó Encarnación Rosas. Alguno de estos intrépidos jefes salía durante la noche de la isla con pocas canoas para no llamar la atención de la escuadrilla enemiga; raudas surcaban aquellas pequeñas embarcaciones las ondas del lago, y antes de que alumbrase la luz del nuevo día, el jefe que las guiaba, seguido de los impetuosos indios, caía sobre el destacamento que se había propuesto atacar, lo destrozaba, recogía el botín de guerra, y volvía á cruzar rápidamente las aguas hasta llegar á la isla de Mexcala. Otras veces las embarcaciones de la escuadrilla realista daban caza á las canoas, que cargadas de provisiones atravesaban el lago; trabábase entonces recio combate, pero más ligeras las canoas lograban acercarse á tiro de cañón de las baterías de la isla y cesaba allí la persecución de la escuadrilla. Estos choques continuos, estas proezas que diariamente acometían Santa Ana ó Rosas, fatigaron á los soldados del rey en toda la segunda mitad de 1813 y los primeros meses del año siguiente.

Impacientaba á Cruz aquella obstinada resistencia, y á mediados de marzo de 1814 se trasladó al campamento de Tlachichilco con el propósito de violentar las operaciones de la escuadrilla y de intentar, si posible fuera, un nuevo ataque. Ordenó en consecuencia que se hiciese un reconocimiento de las islas del lago, y dió instrucciones á Navarro para disponer el asalto á la isla *Chica*, agrupamiento de peñascos situado á tiro de fusil de la de Mexcala, y que también estaba ocupada por los independientes. Creía Cruz que tomada aquella posición fácil tarea sería la de someter la mayor y más importante. Hízose, en efecto, el reconocimiento por la escua-

drilla ¹, formada entonces de una batería flotante, tres lanchas, tres falúas y dos botes; pero el coronel Navarro no se atrevió á cumplir las órdenes de Cruz relativas al ataque de la isla *Chica*, temeroso de un nuevo desastre.

«Desde que llegó V. S. repentinamente á este campamento el 16 del corriente, escribía Navarro al mariscal Cruz con fecha 21 de marzo de 1814, se preparó con la mayor actividad posible todo lo necesario para dar el ataque á la isla, y tanto los oficiales como la tropa y marinería de los buques de este surgidero estaban deseosísimos de llenarse de gloria en dicho ataque; pero como para verificarlo se necesitaban quinientos infantes, y el día 19 me mandó V. S. marchase á la *Flotante* para que colocase en ella la tropa que cupiese, resultó de esta operación el parte que dí á V. S. en aquel día de que sólo cabían en la mencionada embarcación cien soldados, y añadiéndose á este número ciento treinta y cuatro que caben en los demás buques de este surgidero, se deduce que el total de tropa que puede ir para el manejo del fusil es de doscientos treinta y cuatro soldados, número sumamente corto é insuficiente para dar el ataque, por lo cual en varias juntas que ha tenido V. S. en su casa se ha resuelto que es indispensable para realizarlo construir antes en el puerto de San Blas una lancha en que quepan doscientos cincuenta ó trescientos fusileros.

«A los más que no hayan navegado les parecerá increíble el crecido oleaje que se experimenta en esta laguna, originado por los vientos recios que algunas veces reinan en ella. V. S. en estos pocos días de su permanencia aquí la ha visto ya algo alterada; yo he observado y experimentado dos ó tres ocasiones el fuerte oleaje, que crece á proporción que el viento se aumenta. El teniente de fragata don Manuel de Murga y demás oficiales de este apostadero demuestran que son comparables los vientos recios y oleaje que por su causa se levanta en la laguna á los más serios huracanes y crecidas mares del Océano; y considerando que dichos oficiales tienen la inteligencia suficiente para decidir, como prácticos en esta materia, creo de buena fe lo que dicen y lo tengo por indubitable.»

Facsimile de la firma del coronel realista don José Navarro

A esta manifestación del jefe del bloqueo unió la suya el oficial de marina Murga, quien decía que, sin contar con un buque capaz de contener por sí solo doscientos cincuenta soldados, era imposible acometer la empresa de apoderarse de la isla *Chica*. «La laguna

¹ «Antes de comenzar el asedio, el general Cruz mandó á un comisionado para intimar á los insurgentes. El comisionado fué recibido por varios indios sin que se sepa con certeza el lugar, y leyó un cartelón del general español en el que los invitaba á una conciliación y los amenazaba con que correría la sangre si no se sometían. Al concluir la lectura de aquel documento, el enviado preguntóles cuál era su determinación, y todos ellos en el mismo instante respondieron: *Que corra el sangre*. Por esta respuesta se conocerá bien la rudeza y resolución de aquellos valientes, honra de las orillas de Chapala.» (Don Luis Pérez Verdía, artículo citado en notas anteriores).

¹ *Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, t. V, págs. 294, 303, 309 y 310.

de Chapala, añadía este oficial, es más bien un golfo de veintiocho á treinta leguas de largo y de ocho de ancho, con un fondo igual en toda ella desde cuatro y media á seis brazas, guardando los períodos que se observan en todo golfo: mantiene sus virazones más ó menos frescas; hacen sobre este gran lago, lo mismo que en el mar, los efectos lunares y equinoccios, y, aunque casi insensible, se advierte sobre las costas flujo y reflujo; en las lunaciones y sus cuadraturas son los vientos generalmente tan frescachones que no permiten estar al ancla los buques, sino que les obligan á refugiarse al abrigo de las calas ó ensenadas por no anegarse; los temporales que hemos repentinamente sufrido no dejan recursos á las reglas que enseña el arte, pues la mar arbola en términos que no permite el capeo para mantenerse sobre tal ó cual punto, no dejando otro arbitrio que correr en popa; y por último, en veinte años de servicio de marina que contamos, en cuyo tiempo hemos navegado en los mares más tormentosos del globo, como son los del Asia, del Cabo de Hornos y del de Buena Esperanza, confesamos de buena fe no hemos creído en esas penosas y dilatadas navegaciones perecer jamás, y que aquí algunas veces lo hemos tenido por cierto, llegando á vernos sin timones, las embarcaciones anegadas por los repetidos golpes de agua, desarboladas, y en el estado más deplorable que pueda verse navegante alguno."

Facsimile de la firma del teniente de fragata realista don Manuel de Murga

Hicieron mella en Cruz las razones que le expusieron los jefes que acabamos de citar y prescindió de que se llevase á cabo el arriesgado plan que había concebido. Signió aumentando las fuerzas que ya guarnecían las orillas del lago y reiteró sus órdenes al puerto de San Blas para que se alistasen nuevas y mayores embarcaciones destinadas al bloqueo.

Pocos días después, el 16 de abril de 1814, hubo un reñido combate naval entre Tuxcueca y la punta de San Luisito, sostenido por el alférez de fragata don Agustín Bocalán que fungía como comandante de las fuerzas sutiles de la escuadrilla, contra una partida de independientes, quienes habían atacado esa misma mañana el pueblo de Ajijic. Bocalán, con las cuatro embarcaciones *San Miguel*, *Toluqueña*, *Poblana* y *Bolero*, pretendió cortarles la retirada en el lugar que dejamos indicado, y según el parte oficial que dirigió al coronel Navarro ¹, empenó una acción porfiada y sangrienta por

espacio de tres horas, no sólo contra las canoas que regresaban de Ajijic, sino también con una numerosa fuerza que apareció súbitamente por tierra asestando un tiroteo vivísimo sobre las embarcaciones realistas. Quedaron éstas victoriosas, pues, según dijo Bocalán, los independientes perdieron un cañón, varias canoas, que sumergieron los disparos de su artillería, y obligados los que salieron salvos del combate á saltar á tierra por el rumbo de San Luisito. «En esta acción, dice ese oficial al terminar su parte, quedaron las aguas y playas teñidas de sangre y llenas de fragmentos de canoas y de más de cien entre muertos y heridos de los perversos defensores. Por nuestra parte no hemos tenido, gracias al Señor Dios de los ejércitos, otra novedad que el haber salido heridos levemente el marinero José Montaña y

Facsimile de la firma del alférez de fragata realista don Agustín Bocalán

carpintero Francisco Aniceto.» El mismo Bocalán empenó nuevo combate, ocho días más tarde, cerca de Tizapán, sin que en esta vez pudiera recoger ningún trofeo á pesar de que peleó con bravura durante todo el día y parte de la noche del 24 de abril.

Como compensación del descalabro que sufrieron los independientes cerca de Tuxcueca, el 1.º de mayo de aquel mismo año (1814) las partidas independientes de Michoacán, al mando de don José Salgado y don José María Vargas, avanzaron hasta la Estancia de Corrales, próxima á Tizapán, y allí destrozaron completamente á los tenientes coroneles realistas Cuellar y Arango, de cuyo suceso hemos hablado ya en el lugar correspondiente ¹. Vargas aprovechó el desconcierto que produjo este revés en los contrarios para visitar la isla de Mexcala y abastecer de provisiones á sus valientes y sufridos mantenedores.

Cada día, sin embargo, era mayor el número de tropas realistas que guarnecían los pueblos del lago. Decadente y luego casi extinguida la insurrección en la vasta Nueva Galicia, fué fácil á Cruz aglomerar cuantiosos elementos de guerra contra el grupo de intrépidos isleños que no cejaban en su heroica resistencia. Aparte de la escuadrilla, que continuamente era aumentada con nuevas embarcaciones, aparte también de las fuerzas estacionadas en el campo de observación de Tlachichilco y cuyo número ascendía á dos mil hombres guarnecidos en un fuerte artillado que fué construído en esa época, Cruz tenía repartidos en los contornos de la laguna á varios jefes de reconocido valor é indisputable pericia ².

¹ Capítulo XI, lib. II, pág. 435.

² DON LUIS PÉREZ VERDIA. — *Apuntes históricos* publicados en la *Alianza Literaria*, Guadalajara, junio de 1876.

¹ Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos, t. V, págs. 315 y 316.

Negrete por la Piedad, Quintanar hacia el lado de Tiquilpan, Brizuela por la hacienda de Santa Ana y Basauri por Buenavista, á la cabeza de fuertes secciones, perseguían á las partidas independientes que osaban acercarse y ayudaban eficazmente á mantener el bloqueo establecido contra la isla de Mexcala.

Tantos aprestos y tropas tan numerosas no hacían flaquear á los denodados isleños, antes bien, cobrando mayor audacia en proporción del peligro, desafiaban á sus poderosos contrarios con atrevidas correrías. Santa Ana y Encarnación Rosas, bajo la dirección superior del padre Castellanos, caían de continuo sobre los destacamentos realistas de las orillas y después de desbaratarlos se retiraban á la isla cargados de botín. El primero de estos arrojados guerrilleros atacó el 25 de mayo al teniente coronel Mangino en el pueblo de Tocatepec, y lo estrechó hasta el extremo de reducirlo á la iglesia, que fué cañoneada durante algunas horas. Retiróse Santa Ana al saber que fuerzas superiores del enemigo marchaban en auxilio de Mangino, pero cayó al día siguiente sobre el pueblo de Chapala, donde destruyó por completo á sesenta dragones que lo guarnecían.

Asombraba á amigos y enemigos la portentosa resistencia de los independientes, y al anunciar Calleja en su manifiesto de 22 de junio de 1814 los grandes triunfos alcanzados por sus soldados en el primer semestre de aquel año, decía lo siguiente que reproducimos como timbre de gloria para los insurgentes de Mexcala: "...en todo el reino no conservan los rebeldes otro punto militar que el de la laguna de Chapala, *la que no tardará en ser su sepulcro* ¹." Y no obstante esa lúgubre predicción, la defensa de Mexcala se sostuvo hasta noviembre de 1816.

La misma sucesión de encarnizados y casi diarios combates que ocurrieron en toda la segunda mitad de 1814, marcó también el año siguiente. Notablemente aumentada la escuadrilla realista, llegó á contar entre sus embarcaciones con una goleta que podía contener cerca de doscientos tripulantes. Para el mejor servicio del bloqueo, aquélla fué dividida en varias secciones cuyo mando respectivo se dió á los oficiales de marina Murga, Bocalán, Hevia y Croquer. Estos no tardaron en chocar con el coronel don Juan Delgado, jefe de la tercera división de las fuerzas que operaban en tierra, quien pretendió que le estuviesen subordinadas, y curioso es leer las quejas que los primeros elevaron con este motivo al comandante general don José de la Cruz ², y las contestaciones que entre ellos se cruzaron.

El 19 de enero de 1815 cuarenta canoas que partieron de la isla al caer la tarde apresaron valientemente á la falúa *Fernando en su trono*. Esta audaz maniobra

exasperó al jefe del bloqueo, coronel Navarro, quien dos días después navegó con toda la escuadrilla rumbo al punto de la isla grande, donde los independientes habían conducido y tenían amarrada la falúa prisionera. «Mandé romper el fuego al salir el sol (22 de enero), dice Navarro al mariscal Cruz, y bien sostenido por las lanchas *Cruz, Tapatia y San Fernando*, logré hacer callar, aunque no del todo, los fuegos del morro, como igualmente los altos de la fortificación de la isla; en estos momentos mandé atracar y que las falúas atacasen las inmediaciones del morro, en cuya ensenada, que se forma de la capilla de Mexcala á la punta del mismo morro, estaba anclada la falúa perdida; se dirigió á ésta con toda intrepidez don Marcelino Croquer á bordo de la *San Miguel*, acercándose hasta tocarla para cortar las amarras que la sujetaban, y habiendo logrado cortar hasta tres el animoso proel de su falúa, Pascual Morales, al ir á cortar la última que le faltaba y tenía por la proa, cayó muerto por bala de fusil, sin que la *San Miguel* pudiese acabar dicha operación, pues aunque la *Poblana* la siguió bien de cerca y la sostuvo con sus fuegos, no hizo lo mismo la *Toluqueña*, que se retardó lo menos veinte minutos, resultando de esta tardanza no sólo no haber rescatado á la *Fernando*, sino también que hallándose ya heridos casi todos los que guarnecían y tripulaban la *San Miguel*, incluso Croquer, y en la *Poblana* herido igualmente su comandante don Manuel Castro, estuvieron muy expuestas á perderse dichas dos embarcaciones y se halló comprometida toda la línea... Viendo ya frustrada la tentativa, mandé tocar retirada habiendo tenido las lanchas que ciar haciendo fuego al apartarse. Los heridos ascienden á treinta y seis, de los cuales diez ó doce son de gravedad... Hago presente á V. S. que todos los de la división quieren á una voz que se dé el ataque y aun muchos me están proponiendo el repetir á la mayor brevedad la tentativa de sacar la falúa perdida; pero en atención al número de heridos y á que conceptúo que absolutamente se pueden manejar los buques con la falta grande que tienen de marineros, me parece, si V. S. lo tiene á bien, que se suspenda por ahora, hasta que con la venida de los buzos del Yaqui se pueda de una vez dar el completo y último ataque á la isla, á no ser que V. S. determine otra cosa, que al instante obedeceré ¹.

La pérdida de la falúa *Fernando en su trono* consternó en sumo grado á los sitiadores de Mexcala y exasperó al mariscal de campo don José de la Cruz, quien urgía á Navarro para que recobrase la embarcación ya mencionada, no obstante el fracaso de la tentativa por éste emprendida el 22 de enero. La copiosa correspondencia que cambiaron entre sí el gobernador de Nueva Galicia y el jefe del bloqueo demuestra la importancia que dieron á este asunto y comprueba también

¹ Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos, t. V, pág. 560.

² Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos, t. V, págs. 736 y siguientes.

¹ Documento inédito de la Colección de J. E. Hernández Dávalos.

que si por parte de los realistas hubo grande empeño en rescatar la falúa perdida, del lado de los independientes se redobló la vigilancia para no dejar que se les arrebatase su presa. Navarro acabó por convocar una junta de oficiales de marina que militaban á sus órdenes, á la cual sometió el proyecto de intentar un nuevo ataque para recuperar la *Fernando en su trono*, «y los señores vocales, dice el acta que suscribieron los de la junta, unánimemente fueron de sentir que la recuperación del buque que se desea es impracticable, atendiendo á la falta de gente para los remos, sin contar con la que han causado las muertes, heridas, prisiones, enfermedades y deserciones, cuya falta no está cubierta con la remesa de los cincuenta y dos nuevos presidiarios, pues aunque está en parte el número de hombres, no la suficiencia de aquéllos, que ha costado dársela cerca de cuatro meses de trabajo; además, ya los rebeldes tienen la falúa metida detrás de una muralla ó cerca de piedras y aun parece varada en tierra; con que con estos datos juzgan de más entidad la acción que se solicita que la de atacar y saltar en tierra en la isla, pues para el desembarco y ataque sólo se necesita un golpe de mano y limpiar sobre la marcha las orillas por donde han de desembarcar, y para la recuperación de la falúa se necesita ejecutar la operación dicha, y además, sufrir los fuegos de todos los puntos de la isla en inacción y sin movimiento mientras se saca la embarcación de donde la tienen metida y acaso varada¹.»

Mientras que el comandante y los oficiales de más nota de la escuadrilla prescindían de recobrar la falúa que tan valientemente les había sido arrebatada, no estaban quietos los isleños, quienes en distintas excursiones efectuadas en aquellos días levantaron gran cantidad de víveres, cuya falta hacía sufrir con frecuencia á la heroica guarnición de Mexcala. Santa Ana y Rosas salieron en enero con sus valientes soldados y desembarcaron en varios pueblos de la orilla, sin que prefriesen abordar en los que no se hallaban custodiados por destacamentos realistas. El primero de esos bravos asaltó el pueblo de Ocotlán, defendido por dos profundas cortaduras que no lo detuvieron en su briosísima acometida; mató treinta hombres de los que allí le resistieron y se retiró con un gran cargamento de maíz que alivió por algún tiempo la extrema miseria de sus compañeros. Otra vez atacó á Ocotlán y pudo llegar hasta la plaza, pero hubo de retirarse sin despojos, y al volver á la isla sufrió fuerte derrota en el punto de San Agustín.

Estos encuentros alternaron, durante el año de 1815, con los que se sucedían en las aguas del lago entre la escuadrilla y las canoas de los independientes, sin que sea posible enumerar, ni mucho menos describir menuda-

mente, los combates que tantas veces enrojicieron las ondas de Chapala con la sangre de los luchadores.

La escuadrilla realista hacía frecuentes reconocimientos de las dos islas de Mexcala; acercábase á tiro de cañón de los rudos fortines que las defendían, cambiábanse algunos disparos, y los oficiales facultativos que iban á bordo de aquélla se retiraban una y otra vez con la convicción de que el asalto y toma de aquellos abruptos islotes, defendidos por un millar de indios sufridos y valientes, era empresa superior á los medios y elementos de que podían disponer. Cohonestaban, sin embargo, los del bloqueo su irresolución con juntas de guerra, muy á menudo celebradas, en que cada uno de los oficiales que las formaban emitía su dictamen acerca del sitio ó sitios por donde creía ser más fácil el desembarco en la isla. Tenemos á la vista el acta original de la junta convocada por Navarro en Tlachichilco el 26 de abril de 1815, la cual concluye así: «...Los señores presidente y vocales acordaron á pluralidad de votos que el punto preferente para el mencionado desembarco (según queda demostrado) es el de la ensenada del noreste. Convinieron también en que, en el día que se trate de realizar el desembarco de tropas se hace indispensable y es de urgente necesidad llamar la atención del enemigo por diversos puntos á un tiempo, pues la práctica de los aparentes ataques y desembarcos con que se le ha amenazado hasta ahora tiene acreditado, de que en dejando de batir algunos puntos, éstos son inmediatamente abandonados por ellos, y acuden con todas sus fuerzas á la defensa de aquellos que nuevamente son atacados¹.»

¹ «Acta de la junta celebrada por los caballeros oficiales de la Real Armada, Alférez de fragata don Gaspar de Maguna, el de igual clase don Juan Hevia; primer piloto Alférez de fragata don José Narváez; contador de fragata don Marcelino Croquer; tercer piloto, Alférez de Tepic don Francisco Cañizares, y el de igual clase sin grado de oficial don Antonio Román, los cuales están embarcados en los buques que bloquean la isla de Mexcala; y presidida por el comandante embarcado en los mismos buques, Capitán de navío don José Navarro, quien nombró en calidad de secretario para este acto al teniente graduado don Antonio de Semeria, y se acordó en ella lo siguiente:

»En primer lugar manifestó el referido comandante á los señores oficiales que el motivo de que todos se reuniesen para la celebración de esta junta era para que cada cual, según los conocimientos que hubiese adquirido sobre la situación en que actualmente se encuentra la isla de Mexcala, no sólo respecto de los fuegos que tienen los enemigos repartidos en toda ella, sino también sobre la diversidad de puntos que ofrece su terreno para efectuar desembarco, se determine entre todos ellos y elija el que parezca más oportuno y á propósito para que nuestras tropas, con menos oposición y obstáculo, puedan, después de poner el pie en tierra, continuar el ataque y toma de la isla.

»Inmediatamente se comenzó á discutir sobre la mencionada materia por todos los Sres. vocales, durando la conferencia más de dos horas, y demostró sus prácticos conocimientos el preso Domingo Uribe cuando fué llamado al efecto, y lo mismo sucedió con el indultado Hernández, que concurrió igualmente á dicho acto, y se continuó la discusión por más de media hora sobre las ventajas ó desventajas que ofrecían los varios puntos de la isla para verificarse en ella el desembarco.

»El tercer piloto de la armada Real, don Antonio Román, dijo: que opina, según sus conocimientos, que la isla de Mexcala tiene tres atracaderos para hacer desembarco por ellos en la parte E.; el primero está junto á la iglesia de San Pedro, el segundo en la ensenada del N. E. y el tercero en la misma ensenada, un poco más al S. del segundo, y entre todos éstos el que elige y conceptúa más á propósito es el inmediato á la iglesia, por estar tendida la costa por

¹ Los asistentes á esta junta, que se celebró el 23 de enero fueron don José Navarro, don Juan Hevia, don Antonio Román, don Agustín Bocalán y don Antonio Semeria. (Documento inédito de la Colección de J. E. Hernández Dávalos).

Esta y las demás actas semejantes eran enviadas al mariscal Cruz, quien daba simple recibo de ellas ó contestaba á Navarro que obrase con entera libertad, puesto que se trataba de operaciones navales en las que debía guiarse por su reconocida aptitud y pericia.

aquella parte, y poderse dividir desde que salte la tropa en tierra, según convenga, para los puntos N. y S. y aun para la parte del O., porque aunque es verdad que por el N. E. es más corta la subida, esto no es más que á la garganta, lo que viendo el enemigo puede reunir sus fuerzas en lo alto de la loma y causar grave daño; por la iglesia no hay inconveniente, pues dividiéndose en tres trozos, el primero corre á la garganta y el segundo y tercero al S. de la isla cogiendo al enemigo á dos fuegos, y separándose el tercer trozo al O. impide que algunos se fuguen en las canoas.

»El tercer piloto y alférez de Tepic don Francisco Cañizares, entendido de todo cuanto instruye la anterior actuación, y en su vista, es de sentir y gradúa que el paraje más oportuno y apto para efectuarse el desembarco es el que ofrece la ensenada del N. E.

»El contador de fragata don Marcelino Croquer, en vista de la anterior exposición, opina que es preferente elección el punto de la ensenada del N. E.

»El primer piloto Alférez de fragata, don José Narváez, dice que la isla por la parte del O. no presenta más que la ensenada donde está la iglesia capaz, según se ven sus orillas, de abordar en ella con comodidad las embarcaciones por algunos puntos en donde se advierte tiene abiertos boquetes para introducir las canoas á la parte de adentro en la cerca que tienen á flor de agua; pero la considera poco ventajosa para desembarco de tropas respecto á cruzarla los fuegos del morro del N., junto al S. de la ensenada, y los de la isla *Chica*, lo que no sucede en el recodo de la parte del N. E., pues además de que la orilla se manifiesta regularmente abordable, la subida para tomar el istmo en donde tienen el camino principal que dirige desde la cumbre al morro del N., es medianamente suave con algunas cercas paralelas abiertas por varios puntos que pueden facilitar muy bien el paso de nuestras tropas; que al S. E., en el paraje que nombran la iglesia de San Pedro, se advierte una playita de piedra menuda, en donde tienen varadas varias canoas, cuyo punto lo considera también propio para desembarcar, aunque con la desventaja de que la subida á la mesa es más escabrosa, pero las cercas son las mismas que vienen continuando desde el morro del N. hasta circunvalar la plaza; que los fuegos que median en la distancia de estos dos puntos son los siguientes: el cañón del morro del N., la culebrina al S. del recodo del N. E., otro cañón al concluir la mesa sobre la iglesia de San Pedro y otro que colocan en donde consideran les puede ser útil.

»El alférez de fragata, Don Juan Hevia, dijo: que aunque la ensenada de la iglesia de Mexcala presenta el punto de más fácil atracadero, debe experimentarse mucha pérdida antes de efectuarse el desembarco por los fuegos que además de dicha ensenada sufrirían las embarcaciones por el morro del N. é isla *Chica*, de donde empezaría á ofenderlos antes de llegar á la orilla; que al S. E. de la de San Pedro hay un atracadero que aunque aparenta poderse atracar ofrece dificultades para desembarcar la tropa y conducirla por los varios puntos defendidos por el enemigo y de donde para desalojarlos sería preciso perder mucha gente, y que el único pasaje que se presenta con menos riesgo es el de la ensenada del N. E. En vista de lo cual es de opinión que ningún punto se presenta preferente al de la dicha ensenada, pues los fuegos del morro, de la culebrina y falda de la cumbre que se sufrirían se contrarrestarían con los de las embarcaciones.

»El alférez de fragata, Don Gaspar de Maguna, dijo: que por lo que ha observado, los puntos de la isla menos incómodos y más á propósito para el desembarco y operaciones sucesivas, son en su concepto dos que hay en el frontón al N. E., porque además de presentar un frente poco ensenado, tiene el uno de ellos ó el de más al S. un camino poco áspero que se va á unir á poco trecho con el que hay desde la ensenada hasta la mesa del cerro, y el otro punto que cae cerca del istmo tiene también su camino regular y muy corto para el morro del N., pudiendo protegerse la marcha de la tropa para ambas direcciones con los fuegos de las fuerzas sutiles; por lo cual opina son de preferencia dichos dos puntos al N. E., particularmente si al mismo tiempo ó poco antes del desembarco se amenazasen otros puntos como el del S. E. ó de la iglesia de San Pedro, que también presenta un atracadero regular aunque de difícil salida para el cerro.

»El práctico conocimiento que tiene el capitán de navío Don José Navarro, de los fuegos que tienen colocados los rebeldes en la ensenada del O. y las razones ya manifestadas por varios de los Sres. Oficiales unidos al que ha adquirido en los últimos reconocimientos del modo con que se halla actualmente la ensenada al N. E.

Las repetidas victorias que en las otras provincias de Nueva España consiguieron los ejércitos vireinales, al facilitar el aumento y concentración de tropas á orillas del lago, hicieron más difícil y también más heroica la situación de los independientes de Mexcala durante el año 1816. Cálculase en ocho mil soldados el número de los que estrechaban el bloqueo en los primeros meses de ese año, sin que los indómitos isleños diesen ninguna muestra de abatirse. En abril participaba el cura Castellanos á don José Salgado (comandante general de Nueva Galicia por los independientes) que el 23 de marzo anterior don José Santa Ana y don Francisco Gaspar asaltaron con éxito un destacamento de realistas, próximo al mismo campo de observación de Tlachichilco, y que regresaron á la isla con treinta fusiles de que despojaron á otros tantos enemigos, muertos en el combate ¹.

Nueva derrota sufrieron los bloqueadores el 5 de agosto de 1816 á la vista del cuartel general de Tlachichilco y del brigadier don Manuel Pastor, que ejercía á la sazón el mando de las tropas en aquella parte de la extensa línea sitiadora. Gran golpe de insurgentes, llevados por su arrojo y quizás por su extremada necesidad de abastecimientos hasta invadir el pueblo de Atotonilco y la hacienda de Atequiza, considerablemente apartados ambos de la orilla norte del lago, apareció en la mañana de aquel día en la cima del cerro que está situado al noreste de Tlachichilco. «Allí se mantuvieron largo rato, dice Pastor en su parte oficial á Cruz, y conociendo yo que deseaban hacer salir á nuestra tropa para batirla en terreno ventajoso para ellos, dispuse que el teniente coronel don Juan Delgado, sargento mayor del batallón de Guanajuato, con tres subalternos, cincuenta infantes y veinticinco caballos se situase en la loma del norte, frente á este campo, con el objeto de escarmentarlos si se atrevían á bajar de su ventajosa posición.

»El teniente coronel Delgado cumplió puntualmente

de la isla, en la cual hay dos puntos de fácil acceso para verificar por ellos el desembarco, le obligan á preferir éstos para dicho objeto á todos los demás que ofrece dicha isla, sin despreciar el que hay junto á la iglesia de San Pedro, pues conceptúa que será útil el que se haga la tentativa de desembarcar algunas tropas por este punto, al mismo tiempo que se ejecute por los dos del N. E. que deja indicados.

»Después que dichos Sres. Presidente y vocales acordaron á pluralidad de votos que el punto preferente para el mencionado desembarco (según queda demostrado) es el de la ensenada del N. E., convinieron también en que en el día que se trate de realizar el desembarco de tropas se hace indispensable y es urgente necesidad de llamar la atención del enemigo por diversos puntos á un tiempo, pues la práctica de los aparentes ataques y desembarcos con que se la ha amenazado hasta ahora, tiene acreditado de que en dejando de batir algunos puntos, éstos son inmediatamente abandonados por ellos, y acuden con todas sus fuerzas á la defensa de aquellos que nuevamente son atacados.

»Apostadero de Tlachichilco, Abril 26 de 1815. — José Navarro. — Gaspar de Maguna. — Juan Hevia. — José María Narváez. — Marcelino Croquer. — Francisco Cañizares. — Antonio Román. — Antonio de Semeria.»

¹ Documento inédito de la Colección de J. E. Hernández Dávalos.

mi orden situándose en el paraje que le previne; pero los rebeldes destacaron varios pelotones á tirotear á nuestra tropa, y no pudiendo sufrir ésta que se le insultase impunemente instó á Delgado para que avanzase sobre ellos. Cedió este jefe en algún modo á sus deseos disponiendo que salieran dos pequeñas partidas de ocho cada una, escogiendo los mejores tiradores con orden de avanzar solamente hasta tiro de fusil; pero dichas partidas se adelantaron más allá de lo que se les había prevenido y dieron en una emboscada donde fueron rodeadas por los enemigos.

»Delgado marchó en el momento á sostenerlas; los fugitivos, perseguidos por un crecido número de rebeldes desordenaron nuestra tropa, que ya llegó cansada, recibiendo una multitud de piedras, en cuyo manejo tienen estos rebeldes una agilidad y destreza extraordinarias. Al desorden de la tropa siguió una retirada muy precipitada, que Delgado y sus oficiales contuvieron á duras penas, logrando formarla de nuevo en batalla.

»Como yo estaba viendo desde el baluarte de San Roque todo lo que pasaba, envié al momento treinta infantes á las órdenes de mi ayudante don Manuel Ramírez para reforzar la tropa de Delgado, y desde aquel instante empezaron los enemigos á retirarse, subiéndose á las cimas de los cerros donde se mantuvieron hasta las cuatro de la tarde en que se alejaron. Nuestra tropa regresó al campo, pero tengo el dolor de haber perdido diez y siete valientes, la mayor parte de los que componían las partidas avanzadas, siete heridos de gravedad y muchos contusos de piedra. Es imposible saber la pérdida de los enemigos por la costumbre que tienen de llevarse sus muertos, de los cuales sólo se vieron cinco ¹.»

Santa Ana atacó pocos días más tarde en el cerro del Divisadero al comandante don José Vallano, quien fué derrotado completamente, y él mismo quedó muerto en el campo de batalla. Al día siguiente (18 de agosto de 1816), los realistas vengaron cruelmente su derrota. Habiéndose retirado Santa Ana á la isla para comunicar á Castellanos el desastre de los enemigos en el Divisadero ², los independientes que mandaba quedaron á las órdenes de don Luis Chávez. Una fuerte sección de realistas, guiada por el capitán don Luis Correa, los acometió aquel día en Corral de Piedra, y aunque opusieron una vigorosa resistencia, acabaron por ceder el campo en el que dejaron trescientos cadáveres y cuatro cañones. Correa pagó muy caro su triunfo, pues en su parte oficial, aunque no dice el número de muertos que hubo en sus filas, sí confiesa que el de sus heridos, más ó menos gravemente, ascendió á ciento cinco ³.

¹ Documento inédito de la Colección de J. E. Hernández Dávalos.

² Véase relación del padre Castellanos, *Cuadro histórico de Bustamante*, tomo III, pág. 96.

³ *Gaceta de México*, número correspondiente al 9 de noviembre de 1816.

Este rudo golpe menguó considerablemente el número de los heroicos defensores de Mexcala, pero mayor daño sufrieron con la devastadora tala que dispuso Cruz se hiciese en todas las orillas del lago para privarles de mantenimientos. El capitán Correa, que acababa de vencer en Corral de Piedra y el alférez Bocalán, entre otros, recibieron orden de asolar toda la costa del sur, y cumplieron su misión con tal rigor que el segundo decía, con fecha 10 de setiembre (1816) á su superior inmediato don Manuel Pastor, comandante de la tercera división, que entre él y Correa habían destruído cuanto había en Tizapán, Santa Columba, Tucumatlán, Palo Alto, la Angostura, Verdusco y la Barranca; «por haberse separado Correa, añade, para hablar con el comandante de la cuarta división en Dos Puentes, y habérseme acabado los víveres, impidió concluir la misma operación en Rincón de María y hacienda de la Palma; pero desde Santa Columba hasta el Rincón de María se les ha quitado más de siete mil fanegas de maíz y no les queda el más mínimo recurso de dicha semilla por toda la parte sur de la costa ¹.» Y el mismo Bocalán aseguraba en un parte anterior al que acabamos de citar: «que había destruído todos los sembrados y rancherías, deteniéndose más de lo necesario para hacerlo bien de una vez, en términos de que no quedase más que zacate.»

Ya desde mediados de 1816 un nuevo y terrible enemigo estrechaba á los inquebrantables isleños. La mala calidad de sus alimentos, el hacinamiento de los heridos y las continuas vigiliass á que se veían obligados los defensores para prevenir una sorpresa, desarrollaron en la isla una peste que causó gran número de víctimas. «Esta epidemia, decía el valiente Santa Ana en una relación que nueve años después dirigió al Congreso del Estado de Jalisco ², contagió á todos, resultando que como no había en disposición toda la gente necesaria para la conducción de víveres, también nos cargó el hambre, viéndonos en los mayores conflictos sin dejar por eso de resistir las acometidas inútiles de los contrarios.» La tala de todos los campos que rodean la isla, ordenada por Cruz y ejecutada con tanto rigor por Correa, Bocalán y otros, agravó las plagas y la extrema miseria que agobiaban á los de Mexcala, y sin embargo, ninguno de aquellos valerosos propugnadores de la independencia hablaba de rendición ni daba muestras de desfallecimiento.

Pero en el campo realista no ignoraban aquella angustiosa situación y se esperaba que de un momento á otro se abatiera una resistencia llevada hasta la última linde del esfuerzo humano. A fin de apresurar la rendición de Mexcala, el mariscal de campo don José de la Cruz se trasladó al campo de observación de Tlachichilco

¹ Parte de Bocalán en la *Gaceta* de 16 de noviembre de 1816.

² Documento inédito de la Colección de J. E. Hernández Dávalos.

en los primeros días de octubre, y desde allí envió á los isleños repetidas proposiciones de indulto, que fueron constantemente rechazadas. Entonces aquel jefe superior dispuso que se hiciesen varios reconocimientos prolijos alrededor de las islas, grande y chica, con el propósito de dirigir un ataque general contra ellas; pero los fuertes vientos que soplaron en aquellos días impidieron que la disposición de Cruz produjese el resultado que deseaba. Atento á desplegar cuantos medios estaban á su alcance para dar término á la admirable defensa de la isla, recibió orden del virey Apodaca previniéndole que marchase á México con el objeto de acordar juntos varias cuestiones de servicio público, y cuidaba de indicarle que este llamamiento lo hacía por disposición del gobierno de la metrópoli. Cruz contestó el 5 de noviembre (1816) que cumpliría el soberano precepto pasados quince ó veinte días, tiempo que creía necesario para disponer y emprender un ataque contra las hasta entonces inexpugnables posiciones de Mexcala, y añadía, que si cumplido ese plazo no tuviese efecto ó éxito el proyectado ataque, marcharía á la capital del vireinato entregando el gobierno interino de Nueva Galicia al brigadier más antiguo don Manuel Pastor, y en defecto de éste, por la grave enfermedad que le aquejaba, á don Pedro Celestino Negrete, que había sido elevado pocos meses antes á ese distinguido empleo militar.

Urgido Cruz por el llamamiento del virey, y convencido de que no era llana ni de pronta ejecución la empresa de sorprender y tomar las posiciones insurgentes, reiteró sus ofrecimientos de indulto enviando al efecto varios parlamentarios, á quienes se les impidió que desembarcasen en la isla. Uno de ellos, sin embargo, logró llegar hasta el lugar en que se hallaba la comandancia, y después de exponer las proposiciones de Cruz fué conducido á la embarcación en que vino, llevando la altiva respuesta de que los defensores de Mexcala no se indultaban. Empero Santa Ana, de quien nadie podía poner en duda el ánimo esforzado y la constancia infatigable, comprendía que el hambre, la peste y la miseria, más que el poder de las armas contrarias, habían vencido á sus dignos hermanos en el combate y el sacrificio, y que ya no era posible prolongar la resistencia. Acompañó al parlamentario hasta la orilla de la laguna, y durante la travesía le manifestó que deseaba hablar con el general Cruz; que lo participase así á éste, y que en el caso de acceder á su deseo estaba resuelto á trasladarse al día siguiente al campamento de Tlachichilco en la embarcación que le enviasen á la isla.

«En efecto, viendo Santa Ana al día siguiente que un bote se dirigía á la isla grande, dice él mismo en la relación que antes citamos, entendió que iba por él, y entonces dijo á la tropa que estaba resuelto á marchar al campamento realista para ver qué clase de seguridades se le daban para todos, pues consideraba que ya era muy difícil de sostener más tiempo la guerra, así porque

carecían de víveres como por la peste, y porque los hombres se iban acabando de resultas de una y otra plaga; que, sin embargo, nada se haría si no quedaban todos bien asegurados, y que su viaje les ofrecía ocasión de que se proveyesen en algún punto de la costa de víveres y leña mientras él hablaba con Cruz: así fué como se le permitió embarcarse para el campo de Tlachichilco.»

El intrépido Santa Ana fué recibido con agrado por don José de la Cruz, quien le prometió, en cambio de la sumisión de la isla, que los defensores de ésta serían tratados con toda consideración, que les serían devueltos sus pueblos, reedificando el gobierno por su cuenta los que había mandado destruir durante el sitio, y finalmente, que se les suministrarían gratuitamente los Sacramentos. De vuelta Santa Ana á la isla «temió manifestar á la tropa las proposiciones que acababa de hacerle el jefe español,» y sólo las comunicó al padre Castellanos, quien resolvió marchar á avistarse con Cruz en compañía de Santa Ana; «pero temiendo también que lo supiesen sus soldados, dice la misma relación, se embarcaron ambos furtivamente en la mañana del 25 de noviembre.»

Ese mismo día fué ajustada la capitulación¹ entre el cura don Marcos Castellanos y el general Cruz, quien se obligó á no perseguir á los defensores de la isla, entregándoles sus pueblos reedificados, y bueyes, y semillas para cultivar sus campos; á que se les administrasen los Sacramentos sin estipendio ninguno; á exceptuarlos á todos del pago del *tributo*, y á nombrar gobernador de la isla al mismo don José Santa Ana, conservándole su grado de teniente coronel. Quedóse Castellanos en Tlachichilco, y el general Cruz, al frente de algunas tropas y acompañado de Santa Ana, tomó posesión de la isla de Mexcala, donde halló diez y siete cañones, diez cargas de parque y muchas armas. Cerca de ochocientos hombres componían en aquellos momentos la guarnición, pero en su mayor parte lívidos y desencajados por el hambre, siendo tan grandes la extenuación y miseria en que se hallaban que Cruz ordenó inmediatamente después de su llegada á la posición que se les diese mil cargas de maíz.

La noticia de la ocupación de la isla fué solemnemente festejada por los realistas de Guadalajara, de donde salieron el obispo Ruiz de Cabañas y varias comisiones para felicitar á Cruz en el campamento de Tlachichilco. Este general, por su parte, apenas pisó la

¹ Cruz en su parte relativo dice solamente que le fué entregada la isla. «Los jefes realistas, dice con este motivo Alamán, desdeñaban dar el nombre de capitulación á las condiciones para la entrega de algún punto ocupado por los insurgentes, teniendo por indecoroso tratar con los que tenían por rebeldes, á los cuales no se podía conceder otra cosa que el perdón.» El padre Castellanos dice, sin embargo, y muy terminantemente en la relación que escribió, que hubo capitulación; Santa Ana afirma lo mismo, y comprueba ambas afirmaciones el hecho de que no sólo no se castigó á ninguno de los defensores de la isla, sino que fué nombrado gobernador de ésta el mismo Santa Ana.

heróica tierra de Mexcala escribió al virey la siguiente comunicación:

«Isla grande de Mexcala, 25 de Noviembre de 1816. —A las tres de la tarde.—Excelentísimo Señor. Tengo la satisfacción de participar á V. E. que hace una hora he tomado posesión de las islas grande y chica de Mexcala, quedando en mi poder toda la artillería, municiones y armas que tenían sus defensores. Las piezas de artillería son diez y siete, y de todo lo demás no puedo dar á V. E. noticia; pero lo ejecutaré luego que me lo permitan las ocupaciones indispensables que ahora tengo.

»Con fecha de 5 del corriente, al manifestar á V. E. que desde el día 8 del mes próximo pasado me hallaba en el campo de Tlachichilco, con el fin de estrechar el bloqueo y atacar este peñasco casi inaccesible, indiqué á V. E. que por el celo y actividad de todos los jefes y oficiales que mandan las divisiones destinadas al bloqueo por tierra de las islas, se hallaban los indios reducidos á la mayor necesidad; pero viendo que su contumacia y tesón no cedían, hice venir el número de infantería que necesitaba, y todo estaba ya preparado, previos los reconocimientos prolijos y exactos de que también hice á V. E. indicación, para atacar el día de hoy dicho interesante puesto. Antes de verificarlo, les intimé el 23 del corriente, y el resultado ha sido entregarse poniendo á mi disposición cuanto tenían las islas, de que me he apoderado al momento.

»Los inexplicables trabajos que han sufrido los señores jefes, oficiales, tropa, maestranza y marinería en el largo tiempo que han estado en esta gran laguna, empleados en los buques y en los campamentos, son dignos de la más alta consideración de V. E. para que les proporcione el premio á que los considero muy dignos, y para cuyo efecto pasaré á las superiores manos de V. E. relación circunstanciada de todos aquellos que han tenido mayor ocasión de distinguirse y que se han distinguido efectivamente.

»Dios guarde á V. E. muchos años.—Excelentísimo Señor.—*José de la Cruz.*»

En este parte oficial nada se decía de la capitulación concertada con el padre Castellanos; pero ello es lo cierto que Cruz cumplió las obligaciones que se impuso en ese convenio, no castigando á ninguno de los defensores de las islas, reedificando sus pueblos de las orillas del lago, y nombrando á Santa Ana, aunque solamente por un año, gobernador de la isla grande, donde Cruz mandó construir poco después un presidio para castigo

de los delinquentes que tiene aún hoy día el mismo destino. Esa capitulación, aunque no mencionada en los documentos oficiales de la época, fué la primera que en aquella guerra exterminadora y sin cuartel concedieron los realistas á los partidarios armados de la independencia. El comandante general de Nueva Galicia, que tanto se había distinguido por su implacable severidad, no vaciló en ajustarla, y justo es decir también que la cumplió exactamente. Y al elogiar los servicios y los grandes trabajos de los soldados del rey durante el prolongado asedio, aquel general enaltecía, sin quererlo y sin pensarlo quizás, el heroísmo de los isleños, que por espacio de cuatro años sostuvieron diariamente sangrientos combates, afrontaron con valor el fuego en los campos de batalla, sufrieron con impávida entereza la miseria y la peste, y sólo entregaron sus áridos peñascos cuando el rigor de todas esas plagas reunidas les impidió esgrimir las armas con sus brazos desfallecidos por el hambre.

No hay noticias de que Encarnación Rosas sobreviviera á la rendición de la isla, y quizás halló la muerte en uno de tantos combates como se libraron en las costas y sobre las ondas del lago. El padre Castellanos volvió á su curato de Ajijic, y todavía en 1826, cinco años después de consumada la independencia, y diez de terminada su portentosa defensa, languidecía viejo, enfermo y olvidado de sus compatriotas. También el valiente José Santa Ana, cubierto de honrosas heridas y acompañado sólo de sus gloriosos recuerdos, vivió en la oscuridad y la pobreza, prolongándose su existencia hasta 1852. Pero la historia no debe olvidarlos, ni á los que pelearon á sus órdenes con tanto valor como ardimiento, con tan inmensa constancia y con una abnegación sin límites ¹. No hay gloria comparable á la que conquista el patriotismo desinteresado, y por eso la historia debè ofrecer, como ejemplo digno de imitarse y como página honrosísima para México, la admirable y heróica defensa de los independientes en Mexcala.

¹ En 1833 el gobernador de Michoacán, don José Salgado, recomendaba al de Jalisco que se concedieran algunas exenciones á las familias de los que habían luchado por la independencia en la isla de Mexcala y lago de Chapala, y á los individuos que sobreviviesen de aquella heroica resistencia de cuatro años. (Véase este oficio en el artículo del señor Pérez Verdia, publicado en la *Alianza literaria* de Guadalajara, 21 de junio de 1876).